

Y los dos palidecieron. ¡Un grito de ella --el mismo grito que el pobre Rip había oído cuando un ladrón entró á la casa! --y luego los brazos de Juan que lo enlazaban, pero no para ahogarlo, sino piadosos; caritativos para alzarlo del suelo.

Rip-Rip hubiera dado su vida, su alma también por poder decir una palabra, una blasfemia.

--No está borracho, Luz: es un enfermo.

Y Luz, aunque con miedo todavía, se aproximó al desconocido vagabundo.

--¡Pobre viejo! ¿qué tendrá? Tal vez venía á pedir limosna y se cayó desfallecido de hambre.

--Pero si algo le damos, podría hacerle daño. Lo llevaré primero á mi cama.

--No, á tu cama no, que está muy sucio el infeliz. Llamaré al mozo, y entre tú y él lo llevarán á la botica.

La niña entró en esos momentos.

--¡Mamá, mamá!

--No te asustes, mi vida, si es un hombre.

--¡Qué feo, mamá! ¡Qué miedo! Es como el coco.

Y Rip oía.

Veía también; pero no estaba seguro de que veía. Esa salita era la misma..... la de él. En ese sillón de cuero y otate se sentaba por las noches cuando volvía cansado, después de haber vendido el trigo de su territa en el molino de que Juan era administrador. Esas cortinas de la ventana eran su lujo. Las compró á costa de muchos ahorros y de muchos sacrificios. Aquel era Juan, aquella, Luz..... pero no eran los mismos. ¡Y la chiquita no era la chiquita!

¿Se había muerto? ¿Estaría loco? Pero él sentía que estaba vivo! Escuchaba.... veía.... como se oye y se ven las pesadillas.

Lo llevaron á la botica en hombros, y allí lo dejaron, porque la niña se asustaba de él. Luz fué con Juan... y á nadie le extrañó que fuera del brazo y que ella abandonara casi moribundo á su marido. ¿No podía moverse, no podía gritar, decir: Soy Rip!

Por fin, lo dijo, después de muchas horas, tal vez de muchos años, ó quizá de muchos siglos. Pero no lo conocieron, no lo quisieron conocer.

--¡Desgraciado! ¡Es un loco! dijo el boticario.

--Hay que llevarlo al señor alcalde, porque puede ser furioso--dijo otro.

--Si, es verdad, lo amarraremos si resiste.

Y ya iban á ligarlo; pero el dolor y la cólera habían devuelto á Rip sus fuerzas. Como rabioso can, acometió á sus verdugos, consiguió desasirse de sus brazos, y hechó á correr. Iba á su casa... ¡iba á matar! Pero la gente lo seguía, lo acorralaba. Era aquello una cacería y era él la fiera.

El instinto de la propia conservación se sobrepuso á todo. Lo primero era salir del pueblo, ganar monte, esconderse y volver más tarde, con la noche, á vengarse, á hacer justicia.

Logró por fin burlar á sus perseguidores. ¡Allá va Rip como lobo hambriento! ¡Allá va por lo más intrincado de la selva! Tenía sed... la sed que han de sentir los incendios. Y se fué derecho al manantial... á beber, á hundirse en el agua y golpearla con los brazos... acaso, acaso á ahogarse. Acercóse al arroyo, y allí, á la superficie, salió la muerte á recibirlo. ¡Si, porque era la muerte en figura de hombre, la imagen de aquel decrepito que se asomaba en el cristal de la onda! Sin duda venía por él ese livido espectro. No era de carne y hueso, ciertamente; no era un hombre, porque se movía á la vez que Rip, y esos movimientos no agitaban el agua. No era un cadáver, porque sus manos y sus brazos se torcían y retorcián. ¡Y no era Rip, no era él! Era como uno de sus abuelos que se le aparecía para llevarlo con el padre muerto.--Pero ¿y mi

sombra? pensaba Rip--¿Por qué no se re-trata mi cuerpo en ese espejo? ¿Por qué veo y grito, y el eco de esa montaña no repite mi voz, sino otra voz desconocida?

¡Y allá fué Rip á buscarle en el seno de las ondas! Y el viejo, seguramente, se lo llevó con el padre muerto, porque Rip no ha vuelto!

**

¿Verdad que este es un sueño extravagante?

Yo veía á Rip muy pobre, lo veía rico, lo miraba joven, lo miraba viejo; á ratos en una choza de leñador, á veces en una casa cuyas ventanas lucían cortinas blancas; ya sentado en aquel sillón de otate y cuero; ya en un sofá de ébano y raso... no era un hombre, eran muchos hombres.... talvez todos los hombres. No me explico cómo Rip no pudo hablar, ni cómo su mujer y su amigo no lo conocieron, á pesar de que estaba tan viejo; ni por qué antes se escapó de los que se proponían atarlo como á loco; ni sé cuántos años estuvo dormido ó aletargado en esa gruta.

¿Cuánto tiempo durmió? ¿Cuánto tiempo se necesita para que los seres que amamos y que nos aman nos olviden? ¿Olvidar es delito? ¿Los que olvidan son malos? Ya veis qué buenos fueron Luz y Juan cuando socorrieron al pobre Rip que se moría; la niña se asustó; pero no podemos culparla: no se acordaba de su padre. Todos eran inocentes, todos eran buenos... y sin embargo, todo esto dá mucha tristeza.

Hizo muy bien Jesús de Nazareno en no resucitar más que á un solo hombre, y eso á un hombre que no tenía mujer, que no tenía hijas y que acababa de morir. Es bueno echar mucha tierra sobre los cadáveres!

MANUEL GUTIERREZ NAJERA.

ALGO SOBRE MODAS

A las mujeres hay que compadecerlas por más de un motivo. Y una de las causas más poderosas para tenerles lástima, en verano sobre todo, estriba en el corsé, el picaro corsé, que dá verdadero calor, que estorba á más no poder, y del cual, no obstante, es difícil, si no imposible, prescindir.

Por esto abundan las modistas que recomiendan mucho el uso del corsé llamado *Pompadour*, que los principales médicos consideran sumamente bueno. Esta clase de corsé no tiene acero, la tela es calada; parece una red, razón por la cual no dá calor ninguno. Dicho se está que se estrecha y se ensancha á voluntad, pero que no existe la peligrosa presión del acero, y ello no impide que el tal corsé adelgace, alargue ó redondee el talle cuando sea preciso.

El traje amazona, empleando para el finísimo y lustroso paño azul, se usa mucho. La falda debe ser completamente lisa. El corpiño continua usándose de forma «chaqueta», *estilo sastre*, por supuesto; el chaleco de piqué blanco es de precioso efecto; el cuello alto ó doblado, lo mismo dá, pues de todas maneras se estila; pero, en cambio, es de rigor la corbata de raso negro, ya estrecha, ya en forma de chalina.

Aún cuando muchas elegantes abogan por el sombrero hongo, y no usan otro, abundan así mismo las que no precinden por nada del de copa, sin que escaseen las partidarias del de paja, forma «marinera», con el velo de gasa blanca, azul, encarnada y verde.

Tiene gran aceptación el sombrero que lleva el nombre de la famosa actriz extranjera, ó sea el sombrero Hading, muy adecuado para señoras jóvenes y señoritas. La hechura no puede ser más graciosa; es de paja, adornada á cada lado con moñas de tul; á la izquierda va colocada una rama de botones de rosas; delante, dos bonitos pájaros con alas abiertas, y entre ambos pajaritos un grupo de violetas, combinadas con capullos de rosas.

La mayor parte de los peinados á la moderna ostentan el cabello ondulado, y dejan despejada la frente. La parte alta de la frente, se suele adornar con un lazo de cabello formando pico.

Las faldas de muselina floreada así como de gasa de seda, se aplican sobre un viso de tafetán escosés ó liso.

Puede hacerse preciosa *toilette* empleando gasa de seda negra; á pliegues sol, orlada de una cenefa de raso tejida en la tela y colocada sobre otra falda de tafetán á grandes cuadros rojos y verdes. Corpiño--torera de espeso guipur negro, abierto sobre camisolín de tafetán á cuadros, cuello plegado, del mismo tafetán. Mangas fruncidas, de gasa, como pliegues de lo mismo, formando charreteras. Amplio cinturón de seda, hechura peto.

En fin, un *amour de toilette*, como dicen las francesas.

El cuello--esclavina alcanza gran éxito; sobre todo para la próxima entrada de estación.

Los trajes de piqué blanco siguen usándose mucho; la falda, es lisa; el corpiño, de hechura «ligero», deja ver una blusa de surah rosa ó azul. Para este traje está indicadísimo el sombrero de tul negro, con plumas negras también, y rosas té.

Entre los trajes bonitos, he oído citar uno de cachemir gris, guarnecida la falda con entredoses de guipur. Parte del corpiño va cubierta de una especie de torera del mismo encaje que el entredós. Cinturón ancho, á pliegues, de raso negro, con lazo á la izquierda. Las mangas, ahuecadas en la parte superior, guarnecida la inferior con puños de guipur.

Otro traje no menos celebrado: es de tafetán verde--rosa, con aplicaciones de encaje. Corpiño de mangas de muselina de seda blanca fruncida. Cinturón de terciopelo, verde y rosa. La hechura del cuerpo es la llamada «torera».

Para viaje sigue privando el traje «hechura sastre», con sombrero *canotier*, de paja y velo espeso de tul blanco. La tela de dicho vestido debe ser gris, beige, marrón, etc., de mezclilla. Bajo la chaqueta debe llevarse un borito camisolín de batista blanca, rosa ó azul, con cuello semivueto y corbata de raso negro.

Para los días calurosos que aún hemos de padecer, el cuello--fichú es prenda estimadísima, sobre todo entre las señoras poco aficionadas á salir á cuerpo. Dicho cuello se hace, por regla general, de tul bordado sobre un viso de color vivo ó seda tornasolada, cortado (el cuello--fichú, por supuesto) de modo que no baje en punta, lo mismo el delantero que la espalda. El borde se adorna con un pequeño rizado de tafetán recortado, ó de tul *plissé*.

Estas son hasta hoy, lectoras queridas, las noticias que puedo dar. El domingo... será otro día.

FARO DE VIGO.

MI MATRIMONIO

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS ESPECIALMENTE PARA «VIDA MONTEVIDEANA»)

Notas tomadas del diario de una joven soltera:

El día que cumplí dieciocho años escribi

Dame la foto y nombre